

Recuerdos sobre Jorge Enrique Adoum

Carlos Santos Repetto*

“Benjamín Carrión: gran señor de la nación pequeña él hizo más grande nuestra patria la llevaba orgulloso como una flor en el ojal a donde iba y de donde iba volvía dejando amigos que la querían por contagio él le enseñó a leer a la patria fue el primero que dijo palacio cuadra pareja icaza los que se van los que se están yendo los que se quedan los que vienen la ayudó a escribir y a pintar y también a ser grandecita porque le adivinó la vocación le propuso una teoría y le recordó -para que no se repitan las bofetadas de la biografía en un país como el nuestro donde el gallo canta siempre cuando ya hemos negado tres veces a quien vale era único insólito con su generosidad empecinada que le reprochábamos (porque la diferencia es un defecto) y él prefería que se lo acusara de eso y no de ser un crítico malhumorado y gru-

ñón con el hígado malo de los gestos del hombre prefería el abrazo y solo carajeó contra los dictadores era el mayor de nosotros y nos acostumbramos tanto a tenerlo siempre allado que nos queda grande su ausencia (menos mal que tengo experiencia en conjugar los verbos en pasado) y es difícil saber qué vamos a hacer con esta herencia de generosidad que nos deja de golpe acaso lo mejor que puede hacer la familia que formamos o debiéramos es hacer lo que se hace en las mejores familias disputárnosla ver quién se lleva más y así llegarle a los talones a usted benjamín gran señor de la nación pequeña”

J.E. Adoum,
Las ocupaciones nocturnas y otros
poemas.

* Consejero del Servicio Exterior Ecuatoriano.

Testimonio

Recuerdo de Jorge Enrique Adoum

Sería pretencioso afirmar que fui amigo de Jorge Enrique Adoum; pero sí quiero destacar que en dos oportunidades tuve la suerte de conversar y escuchar a uno de los intelectuales más valiosos de nuestro país del siglo XX.

Gracias a la pequeña biblioteca que tenía mi abuelo en su casita de Playas, en los feriados me dedicaba a leer ensayos, cuentos y alguna que otra novela, acostado en una hamaca y con una cerveza refrescante. Entre esos libros estaban los de Jorge Enrique Adoum. En el colegio había leído, con poco agrado y sin entender completamente su novela "Entre Marx y una mujer desnuda". En Playas leía con gusto ejemplares de la revista *Dinners* en la que escribía J. E. Adoum. Sabía quién era nuestro gran poeta, novelista y ensayista, aunque no lo ubicaba físicamente.

La primera vez que lo traté fue en septiembre de 1987 en la Embajada de México en Quito. Al ingresar a la recepción por el día nacional de México saludé con un destacado diplomático ecuatoriano, muy cercano a ese gran país, a quien conocía desde niño y que noté conversaba con un señor de avanzada edad. Los dos hablaban del premio de cultura Eugenio Espejo y en aquel momento no se me ocurrió mejor cosa que interrumpirles y comentar que admiraba la posición de aquellos in-

telectuales que rechazaban nominaciones cuando eran hechas por gobiernos autoritarios, como el de aquella época y que querían controlarlo todo, incluso la cultura. Advertí que mi comentario mereció una mirada de sorpresa y no sé si risa, del ahora colega, en tanto que el otro señor me observó, rió y dijo: "Ven que tengo razón, yo no podría aceptar el premio de un régimen opuesto a mis convicciones...". Ese instante entendí que aquel señor con el que platicaba era nada más y nada menos que Jorge Enrique Adoum, quien pocos años después, en 1989, fue galardonado con el Premio Eugenio Espejo, en el gobierno de Rodrigo Borja.

La segunda ocasión, en agosto de 2007, en Nyon, Suiza, en la casa de un buen amigo suizo, Gerard Ruey, a quien conocí meses atrás en una fiesta de padres de familia del equipo de básquet en el que jugaba el menor de mis hijos, Nicolás. Fue en aquella fiesta que Gerard Ruey me comentó el reciente viaje que había realizado a Ecuador junto a su familia, atendiendo la invitación de unos amigos: él, ecuatoriano y ella, suiza. Como buen curioso que soy le pregunté por el nombre del compatriota y de la manera más sencilla, muy propia de los suizos franceses, me dijo que era Jorge E. Adoum y su esposa Nicole. La conversación continuó y él me preguntó a que me dedicaba y yo hice lo mismo. Gerard me destacó que era

productor de cine y que trabajaba en una industria cultural muy compleja y competitiva. Le consulté el título de alguna de sus películas y para mi asombro su respuesta fue: “conoces la trilogía Rojo, Azul y Blanco del director polaco Kristof Kiesloski”?; claro, afirmé. Me comentó que coprodujo las tres versiones y en especial Rojo, que fue filmada en Ginebra. Aquel año Azul ganó el premio del Festival de Venecia. Blanco, el de Berlín y Rojo tuvo mención de honor en Cannes. No lo podía creer, estaba al lado de uno de los grandes del cine y, además, amigo personal de uno de los grandes intelectuales de mi país.

A las pocas semanas de la fiesta de padres de familia, recibí una llamada de Gerard para invitarnos a mi esposa e hijos a una cena que daba en su casa en honor de J. E. Adoum y Nicole. Era una tarde veraniega y agradable. Al ingresar a la casa de la familia Ruey, Odile, esposa de Gerard, nos condujo a un gran jardín en el que había un grupo de personas entre las que distinguía J.E. Adoum y su señora. Gerard nos presentó y, como era obvio, Jorge Enrique no se acordaba de mí y menos de aquella corta charla que años atrás habíamos tenido en Quito. En el grupo de invitados estaba el poeta suizo Jean Samuel Curtet. Me sorprendió la lucidez mental y el sentido del humor de Jorge Enrique quien, mientras fumaba un cigarro y degusta-

ba vinos de la zona del cantón de Vaud, comentaba lo importante que era para él compartir momentos con buenos amigos como los Ruey, a pesar de los tropiezos de salud que había enfrentado en los últimos años y que habían afectado su corazón. Ya en la mesa tuve la suerte de que nuestra anfitriona me sentara a lado de Adoum. En la mesa principal estábamos el dueño de casa, su señora, el poeta suizo y señora, Jorge Enrique y Nicole, mi esposa y yo. El diálogo se llevaba a cabo en francés y a pesar de los esfuerzos que hacía no me podía comunicar de la misma manera que en mi lengua materna. Para mi suerte, Jorge Enrique, conocedor de idiomas e incluso traductor de autores de habla francesa, al notar mi entusiasmo y constatar mis deficiencias idiomáticas empezó a charlar conmigo en español. Me preguntó el tiempo que llevaba en Suiza y a qué me dedicaba. Al conocer que trabajaba en el Ministerio de Relaciones Exteriores, Jorge Enrique destacó la amistad que tenía con Diego Cordovez, Francisco Carrión, Gonzalo Abad Grijalva, Carlos y Gonzalo Abad Ortiz. Recordaba a Alfredo Pareja y Hugo Alemán. Citó a aquellos que vivieron en París como Jorge Carrera Andrade, Gonzalo Escudero, Fernando Chamorro, entre otros. Le pregunté por la amistad con Pablo Neruda y las dificultades que vivió ese querido país durante la dictadura militar. Admirador como soy de la

obra de Jorge Edwards]¹, le consulté si mantenían contacto. Fue lacónico en su respuesta: “Él dejó de ser mi amigo el momento que traicionó a la revolución cubana”. En contraste, si a alguien destacó aquella noche Jorge Enrique fue a Benjamín Carrión y su legado a través de la Casa de la Cultura.

En 1993 tuve el privilegio de ingresar por concurso público a la Academia Diplomática Antonio J. Quevedo. En aquella época, noveleros y dados a vanguardistas como somos muchos ecuatorianos², nos confundimos con el denominado “Fin de la historia” y asumimos que el mercado era el principal árbitro en la sociedad. En tanto que ahora, en otro extremo y en pleno siglo XXI, nos enfrentamos al dilema de que algunos sectores pretenden retornar a lo que Octavio Paz llamó “El ogro filantrópico”. Creo que

debemos aprender de los errores de la historia para no repetirlos³.

Me encuentro en la mitad de la carrera y durante estos años, tal vez por lo que describí antes, observo que con excepciones, que las hay y notables en Najas, no hay mayor interés por los asuntos culturales⁴. La bendición ecuatoriana de ser un país mega diverso nos brinda una situación de privilegio que debería ser aquilatada en toda su dimensión por quienes con orgullo somos parte del Servicio Exterior.

En una coyuntura como la actual los ecuatorianos debemos defender el legado de Benjamín Carrión, J.E Adoum, Osvaldo Guayasamín, Agustín Cueva, Eduardo Kigman, entre muchos, que defendieron y lucharon por una cultura independiente, crítica, no concentradora y dirigista⁵.

1 Jorge Edwards fue Encargado de Negocios de Chile en Cuba durante el Gobierno del Presidente Salvador Allende. Luego de que fue declarado Persona No Grata por el régimen cubano Edwards fue trasladado a Francia en calidad de Ministro de la Embajada de Chile en París, a pedido del embajador de entonces Pablo Neruda.

2 Estimo que los mejores ensayos que se han escrito en los últimos años sobre la idiosincrasia ecuatoriana son: “Señas particulares” de Jorge Enrique Adoum; y “Ecuador, identidad o esquizofrenia” de Miguel Donoso Pareja. Por ello, recomiendo su lectura.

3 En 1999, como dicen el México, nos dimos en la torre con la dolosa quiebra bancaria que nos convirtió en pioneros de lo que a fines de 2008 sucedió en Wall Street. Recuerdo que en aquellos años y hasta hace poco, una vez resuelto el problema limítrofe con el Perú, una de las prioridades de política económica internacional era nuestra participación en la Organización Mundial de Comercio, mientras que organismos del sistema de la ONU, OEA, regionales y subregionales, según algunos colegas, ya no eran relevantes. Análisis de organismos internacionales o think tanks como la UNCTAD o el “South Center”, entre otros, iban directamente al basurero y si llegaban a ser revisados merecían críticas por su “radicalismo e izquierdismo”. Sin lugar a dudas el comercio internacional es un puntal para el desarrollo e inserción inteligente de un país pequeño y dependiente del exterior como Ecuador, pero no debemos nunca perder el norte y de manera integral asumir que hay otras variables de igual o mayor relevancia para la política exterior ecuatoriana y para el país: seguridad, migración, derechos humanos y derecho humano al desarrollo, cambio climático, medioambiente, reducción y prevención de desastres.

4 Coincide que al momento de escribir este texto, el Representante ante la ONU en Ginebra co auspicia una exhibición fotográfica titulada “AMRIK, Arab Presence in South America”, en la figuran tres fotografías de J.E Adoum y el poema “Danzante del Destino/ Preguntan de dónde soy y no sé que responder: de tanto no tener nada no tengo de donde ser”.

5 Quiero expresar mi reconocimiento a Alejandro Santos Repetto, Santiago Estrella Garcés, Francisco Carrión, Jaime Marchan, José Valencia, Galo Galarza, Javier Ponce, Mauricio Montalvo, Carlos Abad, Andrés Montalvo y Agustín Fornell, quienes tuvieron la gentileza de leer y corregir versiones anteriores de este texto.

6 No incluyo en este testimonio la afectuosa mención que hizo Jorge Enrique Adoum sobre su ex esposa Magdalena, que coincide era prima hermana del padre del Embajador Montalvo Samaniego, el ingeniero Guillermo Montalvo Jaramillo, con quien el poeta compartió cuitas estudiantiles durante los años universitarios en Quito, donde eran ya conocidos como el “Turco” Adoum y el “Gordo” Montalvo.